

HISTORIA DE LA MEDICINA.

Hipócrates.

SEÑORES ACADEMICOS:

La crítica histórica tiene momentos apurados, en los cuales después de emprenderla contra las fábulas y las leyendas, con que la admiración popular cubre las tumbas de los grandes hombres, la emprende hasta contra su misma existencia.

El año de 1804, el Dr. Boulet presentaba en la Facultad de Medicina de París, una tesis intitulada así: «*Dubitaciones de Hippocratis vita, patria, geneologia, forsam mythologicis, et de quibusdam ejus libri multo antiquioribus, quam vulgo creditur.*»

Este folleto causó profundo escándalo á la Facultad de París, y fué refutado por Legallois, á instancias de Chaussier.

Aun siendo tan erudita la disertación de Legallois, era absolutamente innecesaria tal refutación: poseemos una prueba irrefutable, terminante, acerca de la existencia de tan gran personalidad que, el entusiasmo de la posteridad, transformó bien pronto en personaje legendario; porque, como dice un sabio historiador, en la edad filosófica en que floreció Hipócrates, había pasado la moda de hacer dioses.

En uno de los diálogos de Platón, en el que intituló «*Protágoras,*» puede leerse este pasaje:

—Dime, Hipócrates: si quisieras ir á encontrar á tu homónimo, Hipócrates de Cos, de la familia de los Asclepiades, y darle una cantidad de dinero por tu cuenta; y te preguntaran á qué personaje traías el dinero, trayéndolo á Hipócrates, ¿qué responderías?

—Que se lo traigo en su cualidad de médico.

—¿Con qué objeto?

—Para llegar yo mismo á ser médico.

Este pasaje de Platón es de un valor inestimable para los historiadores; pues importa considerar que Platón fué contemporáneo de Hipócrates; que pudo conocerle personalmente, atendiendo á la poca distancia que separa á Atenas de la isla de Cos; á que Platón,

siempre verídico y noble, no podía engañarse acerca de lo que dice de Hipócrates, y por fin, en que fija con toda certeza algunos hechos esenciales.

Consta, pues, de una manera segura, que existió Hipócrates, que vivió en la isla de Cos, que era de la familia asclepiadea, que tuvo escuela médica y que cobraba honorarios por la enseñanza. Nació este ilustre personaje en la ya mencionada isla, el primer año de la octogésima olimpiada, que corresponde con el año 460, antes de Jesucristo.

Así lo asegura Sorano; pero hubo dos Soranos: uno de Cos, y otro de Efeno. Si el que fijó esta fecha hubiese sido el primero, merecería completa fe; pero en concepto de Daremberg, el autor de ese fragmento es Sorano de Efeno; y esto es muy probable, pues este Sorano es el autor reconocido de una obra *acerca de las Vidas, Sectas y Obras de los médicos*.

Hipócrates fué hijo de Heráclides; y el segundo de aquel nombre.

Una geneología reproducida con frecuencia, pero probablemente apócrifa, le hace descender de Esculapio; y por la línea materna de Hércules: según esta geneología que, con infantil candor acepta el historiador español Chinchilla, sería el décimoséptimo descendiente de Esculapio, Sorano dice el décimonono.

Sea de esto lo que fuere, parece indudable que el médico que debía ser más tarde la admiración de la posteridad, perteneció á la familia de los Asclepiades. Esta familia, dedicada desde tiempo inmemorial al ejercicio de la medicina, la practicó en unos templos llamados Asclepiones.

Estas escuelas médicas fueron principalmente las de Rodas, Cnido y Cos; la primera faltó muy pronto, porque se interrumpió la línea de los Asclepiades á quien debió su creación; las otras continuaron largo tiempo, así como la itálica, fundada por Pitágoras.

Las tendencias de la escuela de Cos y de Cnido eran diferentes, según puede colegirse por la censura que hace Hipócrates de la segunda: «Los que han extractado las sentencias cnidianas, han expuesto muy bien lo que sufren los enfermos, pero de una manera que cualquiera hubiera podido hacer otro tanto, aun cuando no su-

piera medicina; pero al mismo tiempo han olvidado lo que más importa al médico saber.»

Los Asclepiones estaban servidos por sacerdotes, que hacían profesión de curar las enfermedades; según Littré y Daremberg, eran especies de taumaturgos que empleaban generalmente como métodos curativos, medios supuestos de magia. Según Daremberg, las consultas médicas de los Asclepiones, tendrían poco más ó menos el mismo valor y sinceridad que las de los espiritistas y magnetizadores.

Si esto es exacto, seguramente Hipócrates recibió algún otro género de instrucción.

Las primeras lecciones las recibió de su abuelo Hipócrates 1º y de su padre Heráclides. Este último, según se dice, estaba tan reputado de su arte, que ciertos críticos le atribuyen los tratados de *Fracturis* y de *Articulis*, que hacen parte de la colección hipocrática. Siendo muy joven, dejó Hipócrates la isla de Cos, para ir á escuchar en Atenas las lecciones del gimnasiarca Heródico de Selimbria, celebridad médica de aquella época. Según Figuier, fué también discípulo del sofista Gorgias, y algunos creen que estudió igualmente con Demócrito de Abdera.

Creese, por fin, que siguiendo el ejemplo de todos los sabios de la antigüedad, viajó para adquirir conocimientos nuevos y perfeccionarse en la medicina.

Bien pronto su reputación se hace colosal y, dicen algunos, que no sólo le buscan los filósofos más notables, sino también los personajes más poderosos, los reyes y los pueblos.

Este período de su vida es el que se halla esmaltado con mayor número de fábulas.

Veamos algunas:

Una fiebre lenta de causa desconocida arrastraba á la tumba á Perdicas, rey de Macedonia; llamóse á Hipócrates, el que observando detenidamente á su real cliente, descubre que la causa del mal era una violenta pasión secretamente alimentada por Fila, mujer ó concubina de su padre, quien, cediendo á su hijo la mujer, le arranca de las garras de la muerte.

A poco de comenzada la guerra del Peloponeso, cebábase en el Ática la más terrible de las epidemias, cuya descripción nos transmitieron Tucídides y Lucrecio, y que mató la quinta parte de los habitantes. Los reyes de Iliria y de otras naciones vecinas, lla-

maron á Hipócrates para que les socorriera, pero éste, informado por los embajadores acerca de los vientos que reinaban en aquellos países, adivina que la peste invadiría á Atenas, y se negó á partir, deseando reservar sus auxilios para sus conciudadanos.

Su pronóstico se realiza; combate Hipócrates la epidemia haciendo colgar flores olorosas y encendiendo hogueras en toda la ciudad, y los atenienses reconocidos levantan una estatua de hierro al médico de Cos, con esta inscripción: «*A Hipócrates, nuestro salvador y nuestro bienhechor.*» Muchos de vosotros habréis visto como yo, en una de las salas de exámenes de la Facultad de Medicina de París, un cuadro que, en el año de 1816, pintó Girodet para ofrecerlo á la Facultad; el asunto de este cuadro es: *Hipócrates rehuyendo los presentes de Artojerjes*. En efecto, refiere la leyenda que el sátrapa Hystamo, en calidad de embajador del rey Artojerjes, solicitó los servicios médicos de Hipócrates, y que éste le respondió: «Decid á vuestro amo que tengo con qué vestirme y vivir. El honor me prohíbe aceptar los presentes de los persas y socorrer á unos bárbaros, enemigos de los griegos.»

Cuéntase, por fin, que los abderitas que estaban orgullosos de su paisano Demócrito, al contemplar ciertas aparentes extravagancias del sabio, supusieron que había perdido el juicio, y llamaron á Hipócrates para que le curase. Todas estas anécdotas son enteramente falsas; una curación semejante á la de Perdicas es atribuída por Apiano, en su «Historia de Siria,» á Erasístrato. Por su parte, los árabes atribuyen á Avicena una historia muy semejante.

Respecto de la extinción de la peste de Atenas, no obstante la relación de Varron, Plinio y Galeno, es un hecho puramente legendario, pues está fundada en dos documentos reconocidamente apócrifos: «*El Decreto de los atenienses*» y «*El Discurso de Tésalo;*» por otra parte, el más exacto y verídico de los antiguos historiadores, Tucídides, testigo presencial de la epidemia, para nada menciona á Hipócrates, y dice que ningún poder humano pudo detener los estragos de la epidemia.

Del relato de Tucídides, se deduce también la falsedad de la anécdota relativa al rey de los persas, pues la peste de Atenas no tuvo origen en la Iliria ó en alguna otra comarca occidental, sino en Etiopía.

He referido brevemente estas leyendas, porque quizá en cierto

modo, suplan la escasez de noticias biográficas del gran médico de Cos; no debe creerse, dice un historiador, que toda leyenda sea tan falsa en su espíritu como en su letra, y que solamente por ser una leyenda, deba autorizar la más absoluta incredulidad, respecto de las costumbres y caracteres que poetiza. La admiración popular sería incomprensiblemente estúpida, si, en lugar de exagerar los talentos de sus héroes, les atribuyera cualidades opuestas.

Si así debiera discurrirse se rebajaría injustamente la grandeza de un médico, al que un juez como Aristóteles, llamaba «el gran Hipócrates.»

A esto, sin duda, tendió un libro, editado por segunda vez en París, el año de 1840, y escrito por el Dr. Houdart, furioso enemigo de la Escuela de Montpellier, cuando las doctrinas de ella significaban el más puro hipocratismo, que se resumía en esta inscripción, que yo leí en Montpellier, debajo del busto de Hipócrates: «*Olim Cois, nunc Monspeliensis Hippocrates.*» Nada diré de la horrible calumnia con la cual, un tal Andreas, que escribió en Egipto, más de tres siglos después de la muerte de Hipócrates, quiso manchar su memoria, diciendo que había incendiado el templo de Cnido; aunque es posible, como dice un autor, que esto fuese un modo de idealizar la lucha entre las escuelas de Cos y de Cnido.

Si carecemos casi por completo de los datos precisos para formar la biografía de tan colosal personaje, no sucede lo mismo respecto de sus obras; pero no podremos ocuparnos en ellas dentro de los estrechos límites de este artículo: bástenos recordar que, como dice Daremberg: «no hay obra tan fecunda como la colección hipocrática, no hay obra cuya lectura dé tanta instrucción, y de la cual se desprenda uno con más dificultad.»

Respecto de sus cualidades morales, «nadie, después de Hipócrates, dice el mismo Daremberg, ha tenido más alta idea de la dignidad médica, nadie ha tenido más respeto para los enfermos y más solicitud para su curación, ó al menos para su alivio y su consuelo; nadie, tampoco, ha demostrado más admiración para los descubrimientos útiles, más cuidado en perfeccionarlos, más deferencia hacia los médicos concienzudos que aplican su inteligencia á todas las partes del arte, por débiles que sean; más indulgencia para los errores inseparables de toda ciencia y de todo arte, porque una habilidad consumada se ve raras veces, y aún para los buenos

médicos, las semejanzas conducen á errores y dificultades; más separación de los médicos que, enteramente ocupados en su fortuna y su reputación, hacen ostentación de su saber, fomentan la preocupación del vulgo, y rigen su conducta según el provecho que de ella sacan; nadie, en fin, que haya hecho prueba de tanta experiencia y buen juicio en las relaciones diarias que la profesión médica establece entre el médico, el enfermo y las gentes del mundo.»

He aquí ahora el juramento tal como consta en la mejor traducción:

«Juro por Apolo, médico, por Esculapio, por Higia, por Panacea; tomo por testigos á todos los dioses y á todas las diosas, que cumpliré fielmente, en cuanto dependa de mi facultad y discernimiento, este juramento y este compromiso escrito.

Considerar como á mis padres al que me ha enseñado el arte de la medicina, proveer á su subsistencia, compartir mis bienes con él si se encuentra en necesidad, considerar á sus hijos como propios hermanos míos, enseñarles este arte sin salario y sin compromiso si quieren estudiarlo; hacer participar de los preceptos generales, de las lecciones orales y de *todo lo restante de la enseñanza* á mis hijos, los de mi maestro y á los estudiantes matriculados y que hayan jurado sobre la ley médica, pero á nadie más.

Según mi facultad y discernimiento, haré servir el régimen dietético para alivio de los enfermos, repararé lo que podría redundar en pérdida ó detrimento suyo. Jamás daré á nadie, sea quien fuere, un medicamento mortal, por más instancias que se me hagan; jamás seré el autor de semejante consejo Conservaré mi vida y profesión puras y santas. Nunca operaré á los calculosos, pero les dirigiré á los que se ocupen especialmente de esta profesión. Entraré en cualquier casa á la que se me llame con el objeto de aliviar á los enfermos, conservándome puro de toda iniquidad voluntaria y corruptora. Callaré y miraré como secretos inviolables las cosas que yo vea ú oiga decir en el ejercicio de mi arte ó fuera de mis funciones en el trato con los hombres, pero que no deban ser divulgadas.»

Se ignora dónde y cómo murió Hipócrates. Sorano dice que murió y fué sepultado en Larissa, en Tesalia.

Los antiguos representaron á Hipócrates, en sus retratos, con la cabeza cubierta, unas veces con el *pileus*, y otras con pliegues de su

capa; pero ninguno de esos retratos fué copiado del original sino que son de fecha muy posterior: así se puede ver uno en el Museo del Louvre, en París.

Hemos dicho que, según Sorano, murió Hipócrates en Larissa, y este hecho es aceptado y repetido por varios historiadores de la medicina. Súpose, pues, con grata sorpresa por los periódicos griegos, del año de 1857, que por una feliz casualidad, el Doctor griego Samartsidés, que visitó, en calidad de médico, la casa que perteneció á un notable personaje otomano, Nedjib-Bey, había encontrado en el baño una losa con el epitafio de Hipócrates. El Dr. René Briau, de París, suplicó al Ministro de Estado del rey Othón, Sr. Rangabé, erudito y arqueólogo muy notable, mandara practicar una cuidadosa información: el ministro griego ordenó al cónsul griego, residente en Larissa, que adquiriera oficialmente todas las noticias pedidas.

El Cónsul, después de minuciosas investigaciones, rindió un importante informe, en el cual concluía diciendo: que ese supuesto descubrimiento parecía ser el resultado de combinaciones aventuradas y de errores, propios, más para acarrear á su autor mala fama, que buena.

«Para decirlo todo á Su Excelencia, concluye el informe, añadiré todavía que se supone más generalmente que debe ser el sepulcro de Hipócrates, uno que se encuentra en el interior de la ciudad, en el barrio designado por los musulmanes con el nombre de *Arnavita Makhalan*. Según dicen ellos, encierra uno de sus santos más antiguos, que no era, sin embargo, su correligionario. Este sepulcro es inaccesible á todo el mundo, y también á mí mismo.»

Queda, pues, por descubrir el sepulcro del Padre de la Medicina; mas esta incertidumbre no fué óbice para que la admiración popular refiriera algún hecho maravilloso. Se dijo, que mucho tiempo después de la muerte del médico de Cos, había ido un enjambre de abejas á depositar su miel sobre la sepultura, y que esa miel era un remedio supremo contra las aftas de los niños.

Pero si este hecho es fabuloso, en cambio, las generaciones médicas de 25 siglos, depositan en el ignorado sarcófago de Hipócrates, la miel de su amor y las delicadas flores de su gratitud, de su admiración, de su respeto.

México, 20 de marzo de 1907.

T. NORIEGA.